

Comentarios de libros

Msr. Ricardo Durand Flórez. *La utopía de la liberación. ¿Teología de los pobres?* Perú: Obispado del Callao, 1988, 328 páginas.

No quise recensionar el libro anterior de Mrs. Durand porque me parecía más apasionado que serio. Pero ahora el autor vuelve sobre su primera tesis: Gustavo Gutiérrez es el teólogo más afectado por los ataques de Roma a la teología de la liberación, y no entra en las que Roma considera "buenas y necesarias" teologías de la liberación. Y esto sigue siendo así aun después de todas las aclaraciones ulteriores de Gustavo Gutiérrez, que a nuestro autor le parecen insuficientes, cosa que no supieron ver —según él— los miembros del tribunal de Lyon que concedieron a Gustavo Gutiérrez el título de doctor en teología. Que el P. Congar, o la misma *Civiltá Cattolica* no coincidan con sus apreciaciones, tampoco parece impresionar mucho a Msr. Durand: en todo caso cambia entonces su acusación de "marxista" por la de "peligro de instrumentación" (como si hubiera alguna verdad humana que no tenga esos peligros de ser instrumentalizada).

La obra, por tanto, me parece un colosal monumento a la incomunicación humana y a la incapacidad de comprensión que a veces se da entre los hombres, aun con toda la buena voluntad del mundo que no puedo negarle a su autor. El verdadero problema de este libro no reside en la teología de la liberación, sino en la epistemología humana y la teoría del conocimiento, punto éste en que el autor me parece de una ingenuidad no ya prekantiana, sino incluso prearistotélica. En este sentido, su epistemología me resulta afín a la que revelan algunas frases de Msr. Lefevyre contra el Vaticano II, y que denotan una gran incapacidad para comprender cómo la fidelidad a la Verdad Inmutable es la que exige a veces la corrección de nuestras fórmulas siempre precarias e insuficientes. También con Lefebvre creo yo que habría que decir que el problema no es el Vaticano II, sino la epistemología. Pues, con el mismo método de Msr. Durand, podría escribirse otro libro contra los teólogos que apoyan la lucha de los negros sudafricanos, acusándolos lisamente de racistas (y sin preguntarse nunca si los racistas no serán más bien "los blancos")...

Abundando así en la epistemología, debo añadir que, por la única vez que soy citado (y en que se da a mis palabras unas referencias y unas concreciones que les eran totalmente ajenas), puedo deducir lo que habrá de sentir G. Gutiérrez al ver los sentidos y los alcances que se dan a sus palabras. Y el autor podría sentir

también esto mismo, si Gustavo le dijera que su libro contradice toda la crítica del capitalismo de las dos encíclicas sociales de Juan Pablo II, o se opone al duro discurso del papa ante Ströessner en Paraguay y, en este sentido, es cómplice de la reciente expulsión del P. Juan de la Vega de aquel país. Pongo este ejemplo porque sin duda alguna Msr. Durand se sentiría muy malentendido si alguien lo interpretara así. Pero este sentimiento quizás pueda ayudarle a comprender cómo puede sentirse G. Gutiérrez al leer sus injustas críticas. Y después de eso, quizás piense que, si realmente G. Gutiérrez le responde con esa nobleza de no usar su misma moneda, quizá es porque hay en Gustavo tan buena voluntad y tan gran deseo de ser buen cristiano como en él mismo. Y por tanto que, ante un hombre así, quizá sería mejor abandonar toda obsesión por destrozarlo, y recordar aquello de san Ignacio en sus *Ejercicios*: que todo buen cristiano ha de ser más dispuesto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla etc., (EE n. 22). Porque si de una cosa estoy absolutamente seguro es de ésta: que Msr. Durand no querría ser para G. Gutiérrez lo mismo que desgraciadamente fue Melchor Cano para san Ignacio.

Y tras esta apreciación general, quisiera entrar sólo en un punto *concreto*, de la discusión, que es el que quizá tiene más entidad, y en el cual Msr. Durand asume la tesis de otro teólogo peruano, que compara la cuestión de la teología de la liberación con la del jansenismo en este punto concreto: al igual que hicieron los jansenistas, los teólogos de la liberación estarían diciendo hoy que aceptan la primera Instrucción vaticana, pero niegan que los afecte a ellos. Es la célebre cuestión del derecho y el hecho.

Al argumentar así no se dice con qué razones se establece esa paridad, ni se demuestra que tal paridad exista. Por el contrario, se omiten los siguientes datos que cuestionan esa paridad.

Primer dato. En la condena de Inocencio X se aludía expresamente al *Augustinus* de Jansenio. En la primera Instrucción no se cita ningún nombre. Por qué razones no lo sé. Quizá porque las cosas no eran tan claras. Pero la diferencia está ahí.

Segundo dato. La cuestión del "hecho" es una cuestión sobre la cual, en realidad, ha de decidir la historia. El dato de que un ejercicio ordinario del magisterio acertara en un caso concreto no implica que vaya a acertar siempre. En el caso de Jansenio, los historiadores (¡no todos!) creen por lo general que sí eran jansenistas las proposiciones condenadas por el papa. Pero hay otros casos en la historia en los que la cuestión *de hecho* no está tan clara para los historiadores. El nestorianismo es una herejía, pero hay investigadores a quienes no les parece tan claro que Nestorio fuera nestoriano. El pelagianismo es otra herejía, pero parece que *de facto* afectaba menos a Pelagio que a sus sucesores Julián y Celestio. Tampoco es absolutamente claro para los historiadores que Lutero profesara exactamente el luteranismo condenado por Trento en lo referente a la justificación. Y por poner un caso más clamoroso, la bula por la que el cardenal Humberto excomul-

gó a Miguel Celulario y consagró el cisma de Oriente acusaba a los orientales de haber quitado el *flioque* del credo cuando eran los occidentales quienes lo habían introducido (detalle este último que el cardenal desconocía).

Ante esta cadena de hechos, parece claro que se hace necesario probar por qué para el caso de la teología de la liberación vale el paralelismo con Jansenio, y no con otros casos de la historia. De lo contrario, el recurso a ese paralelismo no pasa de ser arbitrario e injustificado. No decimos más que eso.

Y antes de acabar quiero repetir que yo no contradigo muchas de las cosas que afirma o de los peligros que recela el libro de Msr. Durand. Y estoy seguro de que G. Gutiérrez concedería lo mismo. Lo que no comparto en su sistemática negación del pan y de la sal a la labor teológica de un hombre que, con sus unilateralidades y sus peligros (¡que también los tenía santo Tomás!), ha supuesto un verdadero renacimiento del Espíritu para toda la teología del siglo XX.

José Ignacio González Faus.

